

## 1

### **Xochimilco, el infierno en la tierra**

México, mayo de 2000

a vida te hace dar muchas vueltas, a veces parece que no tienen sentido, después, con el tiempo y con «perspectiva», las vas entendiendo y encajando en tu «disco duro» y empiezas a comprender. Volví a México después de muchos años.

La primera vez que pisé aquel lugar, las pirámides de Teotihuacán, no pude salir del hotel. Había contraído unas extrañas fiebres en la selva del Amazonas, desde donde habíamos llegado a México, y me tuvieron cinco días en cama sin poder moverme.

Pero la vida me volvía a dar una nueva oportunidad.

Me habían invitado a un ritual secreto los guerreros del Arco Iris. No sabía de qué se trataba, pero estaba ansioso por participar en él.

Nos recogieron en un coche y enseguida nos perdimos entre la maraña de tráfico del DF. México es una ciudad tan grande que, en cuanto te das cuenta, ya te ha engullido y batido junto a otros veinte millones de personas.

Pero entre todo ese bullicio hay pequeños resquicios que te permiten escaparte y buscar un agujero, que desde allí, y sólo desde allí, te puede transportar hasta el cielo.

Y eso me habían prometido: illevarme directamente hasta el cielo!

En poco más de una hora, que se me hizo interminable, llegamos a Xochimilco, una especie de Venecia a la mexicana, llena de pequeños canales, restos de la gran laguna de Tenochtitlán donde se construyó la primera ciudad de México.

Allí, sorteando los meandros y como si no quisieran que recordáramos el camino, llegamos a un pedazo de tierra con dos barracas en medio. Nada más saltar de la pequeña barca que nos había llevado hasta allá, nos esperaba un nutrido grupo de personas, había incluso tres niños, todos ellos sonrientes.

Tras los saludos, alguien dijo que todo estaba preparado.

Nos llevaron a uno de los cobertizos y nos dijeron que nos desnudáramos.

Hice caso, y cuando estuve desnudo, salí al exterior. Fuera había una gran hoguera y en un rincón, muy cerca del canal de agua, una especie de tipi, una de esas tiendas de los indios de las praderas. El sol lucía todavía, pero eran los últimos rayos; la noche comenzaba a anunciar su llegada tiñendo las nubes de tonos morados encendidos.

La ceremonia había de celebrarse a la caída del sol. Era el momento en el que los espíritus guerreros tomaban cuerpo y se enseñoreaban del mundo. Afuera ya esperaban los otros neófitos. Éramos muchos los que esa tarde nos íbamos a iniciar en el ritual de los guerreros del Arco Iris. En total conté hasta diecisiete personas.

Había dos guerreros guardianes, un chamán y una anciana, la abuelita que se encargaría de cuidar de todos nosotros. El chamán, un tipo grande, fuerte y con una cara muy seria, hizo un gesto, y los dos guardianes se acercaron a nosotros llevándonos hasta una hoguera que ardía en un rincón. Allí realizamos un extraño ritual, nos purificaron con copal y nos limpiaron espiritualmente.

Después nos indicaron que ya podíamos entrar y nos fuimos introduciendo en el interior del tipi con un orden que ya habían prefijado con anterioridad: un hombre y, al lado, una mujer, así, sucesivamente, el chamán que dirigía nos iba colocando.

Me llegó el turno. Excitado me introduje en el interior de la pequeña construcción y como pude me arrebujé en el poco espacio que teníamos. Cuando todos habíamos entrado se cerró la puerta y la oscuridad lo cubrió todo. En ese momento la abuelita nos dio la bienvenida a todos pidiendo que nos presentáramos y dijéramos las intenciones que teníamos para el ritual.

Uno a uno fuimos desgranando nuestras historias. Cuando me llegó el turno, saludé, expuse mis intenciones y me presenté. De pronto, el silencio lo llenó todo y sólo se escuchaba una letanía débil que salía de la boca de la ancianita.

Al poco abrieron la puerta y comenzaron a meter las «piedras sagradas» que se habían calentado en el fuego del exterior. La temperatura comenzó a subir. Únicamente hubo silencio; nos dejaron solos hasta que volvieron a meter otras tres piedras. El calor comenzó a agobiarme.

Era tan fuerte que sentí que me asfixiaba. Entonces la ancianita habló y nos dijo:

—No luchéis contra él; aliaros, hacédle vuestro aliado y todo pasará.

No me sirvió de mucho. A mi lado mis compañeros comenzaron a acomodarse y yo traté de hacer lo mismo.

El tiempo se detuvo y el calor lo invadió todo. Era agobiante y yo no lograba aliarme con él. Al contrario, noté que me quemaba por dentro. Sentí cómo se volvía a abrir la pequeña puerta y vi a uno de los guerreros del exterior que estaba introduciendo otras tres piedras más. ¡Dios, cuánto lo odié en ese momento!

El calor ascendió hasta que sentí que mi sangre comenzaba a hervir. A mi alrededor mis compañeros se retorcían, gritaban, gemían. El dolor les llegaba también a ellos. En ese momento la abuelita dijo:

—Si alguien desea salir, éste es el momento; después, las puertas se cerrarán y ya no se podrá abandonar el ritual.

Por un momento dudé. Sentí cómo unos pocos salían sudorosos de la ceremonia. Estuve a punto de incorporarme y dar el paso para abandonar, pero algo me detuvo. Nunca sabré lo que fue. Aguanté y me instalé un poco mejor, tumbado en el suelo, adoptando la postura fetal. Volví a escuchar las palabras de la nanita, pero poco a poco sentía que se iban diluyendo... como si llegaran desde mil kilómetros de distancia.

Poco a poco, en esa nueva postura, las cosas se aceleraron. El calor dejó de molestarme. En un instante que abrí los ojos vi cómo, de las cabezas de todos los que estábamos allí tumbados, salía una intensa luz azul. Surgía desde el centro del cráneo, elevándose hasta la punta de la tienda, donde se unían todas. Pensé que era una alucinación producto del calor, pero sentí que los demás también podían percibirlo.

¡Había iniciado el viaje! Y viajé... atravesé mil galaxias, mil mundos hasta llegar a la presencia de aquel ser que lo inundaba todo. El calor, el dolor, mis compañeros... todo había desaparecido. Sólo estábamos aquella presencia y yo... fundidos.

Y percibí en un momento eterno cómo me hablaba, como si fuera un sueño, pero real. La luz me cegaba tanto que apenas podía ver su figura, notaba que estaba allí, aunque no podía verle. Pero le sentí, sentí que me cargaba con su fuerza, que me transmitía algo que en aquel momento no podía comprender, pero que me inundaba.

La experiencia llegaba a su fin.

La nanita dio por concluida la ceremonia, y uno a uno, nos fueron sacando de allí. Era como volver a nacer.

Cuando me llegó el turno, no tenía fuerzas ni para mover un músculo. Noté cómo los guerreros que se habían quedado fuera me agarraban con dulzura y me sacaban hasta la puerta de la tienda, allí tendido en el suelo me dejaron unos segundos, hasta que uno de ellos me echó un cubo de agua. Eso me hizo reaccionar...

—Ya estás bautizado, hermanito —me dijo uno de ellos, y dulcemente me volvieron a levantar hasta recostarme en unas mantas que había en el exterior.

Me dejaron cerca de una hora tumbado en el suelo con los ojos cerrados; cuando los abría, sentía cómo me cegaban las luces de las estrellas. Mi sensibilidad era extrema, como si acabara de nacer a este mundo. Me recuperé progresivamente y me levanté. A mi alrededor todo eran abrazos y sonrisas. Nos habíamos hermanado convertidos en guerreros del Arco Iris, en guerreros de las estrellas. Aquél fue mi primer ritual de iniciación.

Toztli y Ami

En aquella ceremonia conocería a dos de mis hermanos. Dos de esos extraños con los que te unes de por vida sin saber por qué.

Uno de ellos era Toztli, el conejo, un guerrero enorme con cara de bonachón y larga melena de indio; el otro, Ami, un ex policía que había dejado el cuerpo por no poder luchar contra el sistema, demasiado corrupto por aquellos tiempos en México.

Los dos me acompañarían en mis viajes para explorar aquel país de los dioses que había descubierto.

Me despedí de todos y volví al hotel. Aquél había sido mi primer temascal, una de las experiencias más intensas que jamás he vivido. Y no sería el único. Habría más.

Era mi primer contacto con el mundo de un pueblo desconocido para mí que, sin saberlo, iba a copar parte de las experiencias de mi vida, lanzándome a la búsqueda de una clave imposible.

Días más tarde tomaba el avión de regreso a casa, y, de vez en cuando, sentía cómo me asaltaban las sensaciones vividas en el temascal.

Por encima de todas prevalecía la presencia de aquel ser luminoso que no acerté a ver con claridad. Sólo pude distinguir su ropa. Estaba vestido con una larga túnica blanca que le llegaba hasta los pies.